

Creía yo que un pueblo eminentemente labrador, laborioso, metido en sus viñas, en los sótanos de sus casas y en sus amplísimas y lóbregas bodegas, sería un pueblo materialista, inculto, ignorante, oscurantista, incapaz de sentir las cosas del espíritu y de vibrar, al ponerse en contacto con lo sobrenatural y divino. Muy pronto hube de convencerme de que Tomelloso no era eso. Tomelloso es un pueblo grande con alma de niño; sencillo, afable, abierto a toda idea noble; un pueblo que se entrega totalmente en manos de aquél que le habla con cariño y con verdad, sin intención de engañarle; un pueblo, en fin, altamente enamorado de todo lo grande; de todo lo bello; de todo lo hermoso; de todo lo divino. Aunque haya en él buen número de ignorantes y analfabetos; pero abundan las personas instruidas de uno y otro sexo, y no son pocas las almas profundamente religiosas que creen y obran en conformidad con sus creencias.

¡Cuántas personas; cuántos caballeros cruzan ahora por mi mente! No voy a nombrar a ninguno de ellos para no incurrir en omisiones odiosas. Pero no puedo olvidar a aquella multitud de niños y niñas, presididos por sus respectivos maestros, entre los cuales destacaron dos niñas de «seis» y «once» años y aquella otra que declamó tan delicadamente la poesía; todas ellas, con sus conocimientos de catecismo; con las contestaciones acertadas y seguras causaron admiración profunda en el ánimo del Obispo, que embelesado las escuchaba.

Bien es cierto que, formando contraste con ellas, discurría por las calles de esa ciudad un joven de unos doce años, que apenas tenía noción de las verdades fundamentales de nuestra Religión ni había oído hablar de Jesucristo. ¡No había acudido ni a la escuela, ni a la iglesia! ¡Qué desgracia! ¡Cuántos como éste entre los hombres y mujeres de Tomelloso!

Precisamente ésto no demuestra la gran conveniencia; la necesidad de la publicación de una Revista amena, sencilla, atrayente, sugestiva, interesante, instructiva...; de una Revista escrita más con vistas al pueblo, que a los sabios de la población; de una Revista, en fin, que acerque a los hombres a Cristo y a su Iglesia, por los cauces de la Cultura.

Así me imagino yo a **ALBORES**. Y siendo así no puedo por menos que aplaudir a los iniciadores de esta idea; a los sostenedores de la misma, derramando sobre todos, directores y lectores, una bendición efusiva... paternal.



LOS TRABAJOS QUE SE PUBLICAN EN **ALBORES** están visados por un Consejo de Redacción, compuesto por personas competentes en las letras y el periodismo, para garantizar a la Revista unas condiciones mínimas de prestigio moral e intelectual.